Mi escuela en Santo Amaro

Cuando vine aquí a enseñar éramos 800 habitantes, ahora somos tan solo 400 y ningún joven. Era impensable ser educador infantil en esa época. La carrera estaba prohibida a los hombres, pero yo insistí e insistí e insistí, hasta que me aceptaron, sobre todo porque necesitaban desesperadamente más educadoras...
Mi título incluso decía: Pedro Nunes Silva ha completado en la fecha tal y tal de 1975, la carrera de educador**A** infantil.
Hasta me hace alguna gracia... Mis amigos creían que estaba loco.
Estoy muy orgulloso de decir que fui parte de los primeros proyectos de acción escolar para la educación infantil en la Calçada da Ajuda. Sí, yo no era de aquí y, en aquel entonces, venir al Alentejo profundo a enseñar era un desafío que sólo atraía a apasionados como yo. Pero también era un lugar único para practicar una metodología que en Lisboa, en esa época, aún con la apertura y libertad que se sentían en aquellos tiempos, no se podía ofrecer a los alumnos. Aquí, se aprendía verdaderamente en comunidad.
Siempre me ha encantado mi profesión. Siempre me ha encantado el Alentejo. Y ahora que me he retirado, no cambio este lugar por ningún otro. Tengo aquí a mi amor, he pasado aquí mis mejores momentos, de aquí son mis amistades más largas.
Recuerdo bien mis primeros días en la escuela. Vivía justo aquí, en la plaza, a dos minutos de la escuela, en una pequeña habitación alquilada a una viuda sin hijos. Le leía el periódico cada mañana antes de salir. Por la noche, cuando alargaba mis horas en la escuela, ella siempre me dejaba un plato servido en la mesa de la cocina con una ración de arroz y unas lonchas de ternera o un filete de pollo, excusándose siempre al día siguiente con su falta de apetito.
Dar clase es como practicar pesca con línea, se pesca un manjar de cada vez. Cada niño es un paraíso y un rompecabezas único y raro. Por eso siempre me he negado a hacer reuniones regulares de padres en la escuela. Siempre he preferido reunirme con los padres y las madres, uno por uno, fuera de la escuela, fuera del sitio donde

yo era la figura de poder. ¿Cómo podemos saber más sobre los niños que educamos si solo los conocemos cuando están con nosotros y bajo nuestra autoridad?
Si voy yo a encontrarme con los padres de los niños y, uno por uno, les pregunto qué les parece más necesario para el crecimiento de sus hijos e hijas, cuáles son sus inquietudes y miedos, cuáles los elementos fuertes o más creativos de su

Aquí, bastaba con pedir ayuda a los padres y podíamos montar en la escuela un taller de tejedura, podíamos pasar un día recolectando garbanzos o tomate, ¡hasta tuvimos un taller de arqueología! ¿Dónde podríamos dar oportunidades así en el centro de Lisboa, donde los padres se repartían por tres trabajos, todos a horas de distancia de casa? Aquí en el Alentejo cooperábamos los unos con los otros. Aquí, en el Alentejo, poníamos en práctica la revolución democrática que nos habían prometido. Cooperábamos, es decir: operábamos unos con otros, tomábamos decisiones en conjunto, padres, hijos, profesores, tutores, funcionarios, pero también la iglesia, la señora del bar de enfrente, el señor Zé que organizaba la bendición del ganado cada año y pedía nuestra ayuda para la decoración de los carros. Elegíamos los colores con los niños, hacíamos el proyecto con la ayuda de los padres, preparábamos los materiales para las pinturas y para los adornos, y todo esto era materia para la clase.
Hay tantas maneras de cumplir un currículo. Por ejemplo, en la escuela teníamos tres ovejas y todos y todas en la escuela eran responsables de su salud y alimentación.
Incluso tuvimos un cordero en la escuela, sabes que estamos en la capital del cordero, ¿verdad? ¿Y sabes cómo alimentábamos al cordero? Con la leche de las vacas que tenían mastitis. Esta leche no era apta para el consumo, pero servía perfectamente para alimentar a nuestro cordero, y un padre, cuando sabía que alguna que otra vaca estaba más malita, avisaba a la escuela y traía la leche. Y así nacían las complicidades, ¿me entiendes? Con los padres, con el pueblo... Por ejemplo, si entre semana era fácil alimentar a las ovejas y al cordero -–hasta tuvimos

gallinas–, el fin de semana, la llave de la escuela circulaba entre los padres de cada clase, y a cada tutor le tocaba un fin de semana en la escuela. Esto hoy sería imposible hoy; tendríamos que rellenar tantos formularios y tendríamos que pagar a tantos empleados para trabajar horas extras solo para abrir la puerta a los padres que tendríamos que renunciar al cordero.

Nosotros, las educadoras infantiles, practicábamos la democracia de verdad. Nada de esta cosa representativa que se usa ahora y que solo sirve para manipular a la gente. Nosotros éramos el ejemplo de una democracia participativa.

Incluso hoy, cuando me hablan de responsabilidad y ciudadanía, siempre digo que esto no es algo que se enseña durante hora y media de escuela, ¡la responsabilidad y la ciudadanía se practican! Cooperar es operar con otros, y eso es lo que hacíamos en la escuela, todos los días: ¡operábamos unos con otros!

Hoy la escuela es un lugar ambivalente, una superestructura que ha decidido ubicarse en un territorio que actúa de afuera hacia adentro, con contenidos desconectados de las realidades cotidianas de las familias de estos niños.

¡Entonces era distinto! ¡Recuerdo perfectamente una clase en la que les enseñamos a todos a diseñar una casa! ¡Sí, lo recuerdo como si fuera ayer! Con tiza dibujamos en el suelo la dimensión de una casa y luego con cuerdas medimos todo muy bien medido para que todos entendieran cómo se construye una casa, cómo se planifica antes de construir.

Incluso hicimos cemento. Les dijimos a los padres que trajeran botas de agua y fabricaran cemento y después les escribíamos una cartita para que vinieran a ayudar a levantar las paredes. ¿Cuántas tardes habré pasado en el campo con los niños enfilando flores para hacer los cordones que adornaban el crucero y la capilla para el 3 de mayo? Solían retocar la canasta del niño cada año. Eso tenía mucho significado para todos: ¡para el pueblo, para los padres, para los niños!

Hay muchas maneras de enseñar a escribir y leer. En una tarde en la pradera, las matemáticas entraban por nuestra vida y nos transformaban. ¡Pero no te equivoques!

Yo no soy ni nunca he sido animador cultural; ¡soy, y con mucho orgullo, educadora infantil y a mí los niños no me tenían manía!

Las educadoras han sido, en realidad, los grandes agentes culturales de los pueblos más remotos. Cuando se institucionalizaron las relaciones en la comunidad, perdimos esta complicidad mientras dejamos que el poder se reafirme en su forma más aberrante, alejando a los padres de la escuela y los currículos de sus asignaturas. ¡La democracia participativa es mucho más importante!

Sabes, de los proyectos más bonitos que hice en mis 50 años de profesión fue allá por los 80 unos libritos de cordel que hicimos con las historias de los abuelos del pueblo. Con el aumento de la educación obligatoria, las familias con hijos pequeños empezaron a mudarse a Sousel, o entonces, y eran muchos los casos, los niños se pasaban el día fuera, llegaban muy tarde a casa y dejaban de pasar el tiempo con sus abuelos y padres. ¿Has visto la paradoja? La escolaridad obligatoria había aumentado y la educación acabó alejando a las distintas generaciones y conocimientos en la familia. Le dimos vueltas y vueltas hasta que tuvimos una idea: ¿y si hiciésemos un cancionero de abuelos? Un libro en el que contáramos las historias de todos los que no saben escribir pero tienen memorias antiquísimas que se perderán para siempre si no las registramos. Fue un año precioso. Yo mismo llené varios cuadernos con historias que nadie hubiera reconocido si no se hubieran escrito entonces. Mira, así descubrí que la única radio en el pueblo estaba en la escuela. Siempre tenía un vaso de agua encima. ¿Sabes por qué? Por los tiempos de la PIDE, antes de la Revolución. La PIDE podría pasar por la calle y querer saber qué radio se escuchaba en la escuela, la Radio Libertad o la Radio Nacional, pero si pusiéramos un vaso de agua encima de la radio, crearíamos suficientes interferencias haciendo imposible notar en qué onda se sintonizaba. Mientras tanto, llegó la revolución y allí se quedó el vaso. Encima de la radio. Y cada día alguien cambia el agua. Esta fue una de las muchas historias que escuchamos de los abuelos. Todavía tengo un par de ejemplares en casa.

Pero hoy todo es diferente. ¡Hoy estamos viviendo un retroceso permanente!

La vida aquí es dura, ¿sabes? No te imaginas cómo era vivir aquí hace 40 años. Sigue siendo difícil, pero al menos vivimos con la sensación de que el resto del país está más cerca. Pero no se puede decir que ahora sea más fácil aprender. En aquel entonces decidí venir aquí para ser educadora infantil, y vuelvo a subrayar, educadora y no educador, a pesar de este bello bigote que nunca me afeité, no sea para cualquiera. Ay, lo que daría por volver atrás en el tiempo. Los mejores años de revolución fueron aquellos.

Patrícia Portela